

La filosofía tomará una tendencia espiritualista, y esta tendencia espiritualista estará representada por una nueva escuela. Un día del seno de la Jonia se levantó un hombre extraordinario: una aureola de santidad rodeaba sus sienes; palabras simbólicas, versos armoniosos caían de sus labios; la inspiración divina centelleaba con ardor en sus ojos; los egipcios le habían instruido en la geometría, los fenicios en las matemáticas, los caldeos en la astronomía, los magos en la theurgia, en los misterios de los mundos de las almas y de los séres; Mercurio le había dado su memoria; Apolo su imaginación; y en el monte Ida, internándose en misteriosas grutas cubiertas de mirto y lentisco, había bebido el néctar de la bienaventurada vida en la copa de Júpiter, donde bebían su esencia los séres; y después, descendiendo inspirado, herido, macerado, como un cenobita, se había dirigido á Occidente, había puesto sus plantas en las ondas del Egeo, y arrebatado por los vientos á las colonias itálicas, aquel hombre, que se llamaba Pitágoras, enseñó á manera de un profeta que Dios es la esencia de todo, que la esencia de Dios es el número, que la esencia del número es la unidad, que la unidad suprema está en el centro del universo y á su alrededor ruedan los astros y las almas; que todo proviene del número y vuelve al número, porque todo es primeramente uno, ó Dios; después dos, oposición, como el lími-

te y el no límite, como la derecha y la izquierda, como el macho y la hembra, como la luz y las tinieblas; y todo se resuelve en tres, ó suma del uno y el dos, de lo finito y lo infinito, del hombre y Dios; y que todos esos mundos que vemos girar en la silenciosa noche, esos inmensos globos, que como arenas luminosas aparecen á nuestros ojos en el cielo, son notas de un eterno cántico, cadencias de una divina armonía, ecos de un concierto, cuyo tono dá la unidad suprema, el gran músico, el gran artista de los orbes, el Eterno. (Estrepitosos aplausos.)

Ya comprendereis, señores, el progreso del espíritu. La filosofía que estaba como encerrada dentro del mundo material, aspira por un movimiento propio á salir de esta cárcel, á quebrar sus cadenas. El pensamiento conoce que la naturaleza no es toda la vida, ni todo el sér, y quiere penetrar en otro mundo más alto y más hermoso, y adivinar el sér que se oculta en el manto de los cielos. De un golpe, la escuela pitagórica suprime toda la filosofía de la naturaleza, y escribe la primer palabra de la filosofía del espíritu. La filosofía jónica había sido progresiva al concebir la naturaleza como un gran todo, y al dar una ley á los cuerpos fraccionados y dispersos; pero había sido incompleta, porque no concibió lo espiritual, lo que hay sobre el sentido, ni pudo tampoco explicar la causa del movimiento. La filosofía pitagó-



rica, que inmediatamente le sucede, no se contenta con la explicacion natural; en el seno del mundo encuentra á Dios, en el seno de Dios encuentra el número. Y para explicar el movimiento encuentra el ritmo, la armonía entre las partes que componen el mundo, y el ritmo, la armonía entre las esferas de los mundos. El principio de la ciencia que habia sido puramente real en toda la ciencia jónica, va á ser semi-real, semi-ideal con el número de Pitágoras; término dialéctico que enlaza la filosofía jónica con la filosofía eleática. La música de los mundos, el sol, centro de todo el sistema cosmogónico, los diez grandes planetas que ruedan alrededor del sol en concertada armonía, las almas recorriendo tambien una escala música, perfeccionándose en su tránsito de la unidad á la dualidad, y de la dualidad á la trinidad misteriosa y sagrada que flota sobre los mundos y las almas; todo este sistema indica que el espíritu, la idea del hombre se ha erigido en señora de la naturaleza. La filosofía pitagórica es un progreso muy grande sobre la filosofía jónica. Como ella, era un panteísmo, pero dejaba de ser un panteísmo materialista para pasar á ser un panteísmo fundado en una nocion semi-real y semi-abstracta, en el número, nocion de nuestra inteligencia, que tiene sin embargo realidad en el mundo.

Despues de esto la filosofía griega ha de ten-

der precisa y necesariamente al idealismo. Los jónios habian desarrollado el pensamiento como materia, Pitágoras como forma; era necesario que llegase á ser esencia. ¿Quién realizará este gran término de la progresion de la idea? ¿Quién? El jefe de la escuela eleática, Xenophanes. Los persas y los medas lo arrojaron de su patria. Los últimos soldados del mundo de la naturaleza, con ese instinto histórico superior al raciocinio, debian perseguir á este primer soldado del mundo del espíritu. Es un pobre poeta que se sustenta cantando, es decir, que vive de su propia sustancia, de su propio espíritu. Pero así como de la lira de Homero, el poeta del sentimiento, nace el politeísmo, de la lira de Xenophanes, el poeta de la idea, proviene la muerte del politeísmo. Dios no ha nacido, dice, porque no ha podido engendrarlo nada mejor que él, pues eso mejor seria Dios; ni nada peor, porque tanto valdria decir que el sér puede ser hijo del no sér; Dios es uno, Dios es pensamiento, Dios es razon. Pero no hay más sér, ni más sustancia, ni más fenómeno, ni más hecho que Dios, y Dios es el espíritu. Lo contingente no existe. De suerte, señores, que el espíritu levantándose en este instante sobre todo lo creado, destruye la creacion, y solo cree en su propia existencia, y se goza en contemplarse solitario sobre las ruinas de la tierra, sobre las pavesas de los mundos. La historia procede por oposiciones, por antítesis radica-



les; para salir de la filosofía jónica, de la filosofía de la naturaleza, caía en el grave error de negar la naturaleza. Mas aunque el espíritu se encerrara dentro de sí mismo, el objeto, pasando ante él, debía distraerle de sus meditaciones. No le bastaba negar lo que veía; no le bastaba borrar con su aliento el mundo físico, cuando á cada instante el mundo físico se levantaba en su presencia. Entonces nace Parménides para poner la última piedra en esta obra. Su poema es sobre la naturaleza. El sér es lo perfecto, dice; cuanto es, todo lo que necesita lo tiene en sí. El no sér carece de todo. El sér no sería sin el pensamiento que lo hace ser. Luego la idea y su objeto, el pensamiento y el sér son una misma cosa. En este instante ya nada tiene que hacer esta filosofía más que desarrollarse. Así como la filosofía jónica, afirmando exclusivamente la naturaleza, engendró una escuela que buscó las leyes de la naturaleza y mató la filosofía jónica; así la escuela eleática, que afirma exclusivamente el espíritu, encontrará una escuela que buscará las leyes del espíritu, la dialéctica, y descompondrá toda la filosofía eleática. La escuela dialéctica de Zenon de Elea, en mi sentir, aparecía para demostrar todas las fuerzas del pensamiento en sí, y como el pensamiento por sus leyes, por sus procedimientos, podía llegar y llegaba hasta negar el mundo exterior, hasta borrar la naturaleza. Esta tendencia de la filosofía

era en verdad lógica y acorde con toda la historia precedente. El espíritu, al sobreponerse á la naturaleza, debía ensayar sus fuerzas, y su gran fuerza era la dialéctica. Con ella y por ella podía llegar y llegaba hasta el punto de considerarse y plantearse como un sér en sí, capaz de regular el movimiento, de abrazar el tiempo y el espacio en su inmenso seno. Toda su doctrina preparaba una nueva doctrina, presentía una nueva filosofía. Presentando las contradicciones que existen por necesidad en nuestra percepción sensible, presentaba la insuficiencia de este medio de conocer para llegar á la verdad; y demostraba lo necesario que era buscar un criterio seguro y firme para basar en él incontrastablemente la ciencia y el conocimiento. Destruyendo lo múltiple, negando el espacio, oponiéndose al movimiento en la naturaleza y reemplazándolo por el movimiento dialéctico del espíritu, Zenon de Elea prepara las vías á una ciencia superior que sin caer en sus errores comprendiera y explicara como dentro de nosotros mismos, en lo interior de nuestro sér hemos de encontrar el principio y la razón de toda verdad, de todo conocimiento. Mas al mismo tiempo que esto hacia con su argumentación por antítesis, con sus grandes progresiones dialécticas preparaba el advenimiento de los sofistas, que habían de allanar el camino al gran Sócrates.

Imaginaos unos hombres sin fé, sin creencias,



corrompidos, con el corazón gastado y la inteligencia vacía; hombres que predicán toda la doctrina según conviene á sus intereses, que adoran hoy lo que ayer quemaban y quemán mañana lo que adoraban ayer; que hacen de la política un arte de logreros, de la religión una máscara hipócrita; que no buscan la virtud, sino el oro; que se ligan con todos los que puedan dar á sus pasiones alimento; que encubren con grandes palabras intereses detestables; que odian á todos los que tienen elevación de ideas y rectitud de conciencia; imaginaos unos hombres de esta naturaleza arrojados á la plaza pública, ocupando la tribuna, dirigiendo los negocios de la República griega, insultando á los vencidos y doliéndose é impacientándose por la menor censura; hombres nefandos, verdadera langosta del mundo moral, que llenan esas épocas de incertidumbre y de duda, tan frecuentes y tan tristes en la historia; y tendreis una imagen de la triste edad de los sofistas; edad en que sólo se salvan de la general corrupción aquellos seres superiores, inflexibles por convicción y por carácter, que se abrazan fuertemente á una gran idea, á un gran principio de justicia, sin curarse de sus enemigos; seguros de que si en su tiempo les falta tierra donde fijar la planta no les ha de faltar un recuerdo en la posteridad, porque las bendiciones de los esclavos que hayan redimido, de las conciencias que hayan iluminado, les

acompañarán hasta más allá de la tumba, pudiendo morir tranquilos, seguros de legar á las generaciones que han de sucederles la esencia más pura de sus almas. (Aplausos prolongados.)

El mal más grave de los sofistas era su amor á los aplausos, su desamor á la verdad. No buscaban lo cierto, buscaban lo agradable. No querían mostrar la ciencia, sino su ingenio. Se postraban siempre ante el favor del público que les rodeaba, no imponiéndole ideas, sino halagando instintos muchas veces odiosos. Con igual facilidad sostenían el pro y el contra. Su reclamo era el vil interés, su fin, defender todas las causas, su medio, la argumentación que les había legado la escuela eleática. Así escitaban al excepticismo las inteligencias, á la corrupción los corazones. Cuando se dice y sostiene que la razón no puede llegar á la verdad, se cae en la consecuencia fatal de que el corazón no puede llegar al bien. La inteligencia se duerme en las frías nieblas de la duda; la voluntad se deja llevar por el empuje de todas las pasiones congregadas en su daño. Tras la desconfianza en el propio criterio, viene la inmoralidad en la vida. Si la razón no merece asenso, la conciencia no merece crédito; sus consejos, sus avisos en los grandes trances de la vida no merecen precio. Y así, poco á poco, las escuelas sofistas, que en nombre de este ó del otro principio niegan sus timbres á la razón humana, corrompen la vida, empozo-



ñan el espíritu y matan la libertad. Preservémos de estas creencias con el ejemplo elocuente de los males que causan; enseñanzas prácticas escritas por Dios en las indelebles páginas de la historia.

Mirad, señores, pasar ante vuestros ojos los sofistas y os convocereis de las verdades que acabo de mencionar. Demócrito, llamándose jónico, pulveriza con las pesadas armas de su dialéctica el mundo, y en la nube de polvo que se levanta de las ruinas, precipita el alma. En medio de esta universal catástrofe y entre el estrépito universal no se vé ni el universo de la escuela jónica, ni el dios de la escuela pitagórica, ni el espíritu de la escuela eleática. El polmo de los átomos á manera de negro sudario cubre á Dios, la naturaleza y al hombre. Sobre aquella gran ruina, se levanta un altar consagrado á la satisfaccion, al egoismo, al placer. La patria, segun Demócrito, no debe ser amada, porque ese amor exige grandes sacrificios. La virtud debe ser seguida como una higiene del cuerpo. El matrimonio es condenable, porque el amor conturba el ánimo, debilita el cuerpo, y la educacion de los hijos es larga, dificultosa y penosísima. Errores, sí, que enseñan como el hombre se precipita en el mal cuando desprecia la verdadera guía de nuestra vida, la concienciá, la verdadera maestra de nuestro espíritu, la razon. Mas la sofística de Demócrito solo se refiere al mundo

exterior; para que esta escuela se desarrollára lógicamente debia llegar de negacion en negacion al mundo interior. Y aparece Georgias.

Este clavó su dialéctica en la razon humana. Sus discursos enfáticos apoyaban la verdad y la falsedad de las cosas. Su razon débil dudaba de todo. Su enseñanza consistia en hacer discurrir á sus discípulos sobre la manera de afirmarlo y negarlo todo. Nada existe, decia, y cuando lo cercaban y rendian á la evidencia, exclamaba: si existe algo, la pobre razon humana no puede conocer nada. Por su naturaleza limitada ha de llevar eternamente sobre sí el peso gravísimo de lo absurdo. El conocimiento es imposible, y la enseñanza imposible é inútil. Dudemos de la razon y de sus fuerzas, de la verdad y de sus aplicaciones. De suerte que esta escuela de Georgias tiene muchos puntos de relacion, señores, con cierta escuela que, dándose por muy religiosa y moral, sostiene que la razon y el absurdo se aman con amor invencible; error indigno propio solo de grandes sofistas, que menospreciando así la obra más perfecta del Creador, acusan gravemente á la Providencia. (Generales aplausos.)

Mas, señores, la escuela sofistica produjo algunos bienes, y preparó en su demolicion universal el advenimiento del verdadero espíritu filosófico. Dios en la historia como en la naturaleza, saca el bien del seno mismo del mal. Empeñando



el pensamiento en un trabajo titánico, debía mostrar la fuerza del pensamiento. Refiriendo todas las cosas al sujeto y todas las verdades á la opinion particular del individuo, debía exaltar la conciencia. Mostrando la incapacidad absoluta del sentimiento para comprender altas verdades, más tarde ó más temprano debía traer una filosofía verdaderamente espiritualista. Negando todos los sistemas anteriores, descoñoniéndolos, pulverizando hasta sus fundamentos, anunciaba la aparición de un nuevo sistema, la venida de una nueva ciencia. Los entendimientos no podían estar por mucho tiempo en la duda, en ese marasmo que suspende la vida. Los corazones cansados de aquel continuo dédalo de errores, buscaban instintivamente en las entrañas del tiempo la ciencia, el rayo de luz que debía aclarar el camino de la vida. Entonces nació Sócrates.

La verdadera idea del espíritu es la idea concreta. La idea concreta del espíritu no amaneció en el mundo hasta que en los horizontes de la ciencia amaneció el alma inmensa de Sócrates. Detengámonos un momento ante el gran coloso del espíritu. No ha venido al mundo de improviso. Habían sido sus grandes profetas Heráclito y Anaxágoras. Y como no hay idea derramada en el mundo que se pierda, lo que había de espiritualismo en estos dos filósofos se encarnó en Sócrates. Lo más admirable que existe en este hom-

bre admirable, no es, ni la ciencia profunda, ni la virtud heroica, ni la mágica elocuencia, ni ninguna cualidad particular, porque en ninguna sobresalió desmedidamente; sino el haber adivinado su destino, y haber sido á su destino fiel hasta la muerte. El no entró en la nueva ciencia, como no entró Moisés en la tierra prometida. Pero su espíritu inmortal como la estrella Norte, que señala á todas las generaciones los derroteros del pensamiento. En su alma el espíritu se individualizó, se concretó, se elevó á la conciencia de sí, que no había tenido ni en la escuela pitagórica ni en la misma escuela eleática. La razón deja de estar anegada en la naturaleza y llega á ser en sí y por sí, independiente del mundo, superior al mundo. El criterio individual, protesta sublime contra toda la historia precedente, eleva al hombre, que será libre por el conocimiento de su unidad interior. Así la ciencia, que había pasado del agua al aire, del aire al fuego, del fuego al espíritu abstracto é indeterminado, del espíritu indeterminado al número, del número á un infinito indeterminado también, se asienta incontrastablemente en la ancha base de la conciencia humana. Sócrates llena toda su vida con los resplandores de su genio. Una voz interior le lleva á cimentar y concluir su obra, á cimentar y concluir su destino. De un lado tapia la puerta por donde los sofistas habían salido al mundo, convenciéndolos con sus mismas palabras



de la falsedad de su doctrina. Despues se vuelve al pueblo, á los jóvenes, y les enseña á respetar y conocer la propia conciencia, la voz de Dios en la vida; á estimar todo lo que hay de divino en la naturaleza, á buscar la unidad de la ciencia en la unidad de Dios, á seguir con pié incansable la virtud, á confiar en la inmortalidad del alma. ¡Ah! señores. El politeismo no podia consentir esta doctrina. Grecia, que habia concebido el espíritu en la naturaleza, no podia levantarse á esta concepcion sublime del espíritu en sí mismo. La doctrina de Sócrates mataba el politeismo. Los oráculos eran sustituidos por ese otro oráculo sublime, que lleva el hombre en su interior, por la conciencia; los sacerdotes, por ese sacerdote eterno, que levanta á Dios las oraciones de todos los seres, por el espíritu; los dioses múltiples ó innumerables por la unidad de Dios. La sibila de Delfos, al decir que Sócrates era el hombre más sabio del mundo, abdica en Sócrates su númen. Es decir, la razon tradicional se postra de hinojos ante la razon pura. Esta doctrina, que contradecia el sentido comun de aquel pueblo debia matar á Sócrates. Pero de su muerte se levanta más pura su vida, más hermosa su alma. Y hé aquí, señores, como es inútil toda persecucion que los tiranos empuñen contra el pensamiento. Aperceban en buen hora los tiranos hondas cárceles donde encerrar al pensador, al filósofo, al profeta de una nueva

idea política, filosófica y social; y si esto no les basta martiricen su cuerpo, desgarran sus carnes, enciendan hogueras y arrójenlo en ellas, y gózense en ver cómo se consume, cómo se extingue su vida, no importa; porque el pensamiento es puro espíritu, y no puede ser encerrado en ninguna cárcel, ni en el espacio mismo; porque el pensamiento es libre y no puede ser devorado por ninguna hoguera; porque el pensamiento es eterno, y no puede ser alcanzado por la muerte; y así todos los tiranos han sido impotentes, como lo fué el Arcópago contra Sócrates, pues de su alma salieron los Platones y los Aristóteles; como lo fué Nerón contra San Pablo, pues de sus hogueras surgieron generaciones de apóstoles y mártires; como lo fué Juliano contra la doctrina de la libertad y de la igualdad, porque al fin vió roto su poder y vencedoras sus víctimas; como lo serán todos los tiranos, porque los tiranos pasan, los tiranos mueren, y el pensamiento siempre queda como el eterno sol de la naturaleza y del espíritu. (Estrepitosos y prolongados aplausos). Notad lo que significa Sócrates en el desarrollo del espíritu humano; él señala en filosofía la division de la ciencia, en moral la exaltacion de la conciencia, en política la idea del individuo contra el antiguo absorbente socialismo, en derècho la ley partiendo del interior del hombre y no el hombre sacrificado á la la ley, en todos los ramos del conoci-



miento, en todas las esferas de la vida señala Sócrates el instante más sublime del espíritu en su realización, en el tiempo y en el espacio.

Esta gran revolución filosófica dió energía instable al pensamiento, fuerza infinita á la actividad, pureza á la moral, método á toda doctrina, base incontrastable á toda la ciencia, y un procedimiento lógico al raciocinio. Sócrates á un tiempo niega y afirma, destruye y edifica, combate y dá paz, se levanta á las más altas abstracciones del pensamiento y desciende al sentido del vulgo, separa el accidente de la ciencia, el fenómeno de la ley, y en el ánimo mismo de sus discípulos, por un procedimiento sencillo, despierta la verdad, consiguiendo que la razón la aprenda y conozca, no como enseñanza recibida, sino como obra de su propio esfuerzo, de su propio trabajo, y producto de su vida y energía. Pero Sócrates no se contenta con dirigir la inteligencia al conocimiento de la verdad, obra incompleta; en camino también la voluntad á la práctica del bien, obra grande y armónica, fundada en toda la vida del hombre. El bien es el fin del individuo y del universo. El hombre y el mundo separados, se unen amorosamente en la conciencia humana merced á la doctrina de Sócrates. Lo verdadero, lo bueno, lo hermoso, unidos antes á los fenómenos, vienen á ser ideas en sí, objetos de la reflexión; la moralidad, que no tiene base ni funda-

mento, es el primero y más alto fin de la vida humana; la conciencia dirige y regula todas las acciones; Dios es concebido y explicado como espíritu y verdad. La conciencia individual, tenderá á ser conciencia universal; las acciones particulares leyes de moral; la verdad aprendida en la conciencia, verdad objetiva; el principio de justicia, que la razón prueba y enseña, norma superior á todos los principios de justicia escritos en los antiguos códigos; consagración augusta de la personalidad humana, pero consagración que marca señal de muerte en la frente de aquella sociedad. Sócrates mismo, comprendiendo hasta qué punto su doctrina era dañosa á la sociedad pagana, como minaba por su base toda la ley, toda la organización antigua, quiere que los atenienses respeten y estimen sagradas las mismas leyes, los mismos códigos que destruía hasta en sus cimientos; prueba cierta de que muchas veces la grandeza de sus obras excede y aventaja á la grandeza del hombre. Pero el espíritu que ha recibido este gran impulso, el espíritu, levantándose libre del seno de la naturaleza, viviendo en sí, independiente del mundo exterior, con libertad propia y propio conocimiento, medirá por sus ideas capitales todas las esferas de la actividad, y se dilatará con energía inexplicable en el mundo y en el cielo, como los rayos del sol naciente, inundando de luz y de gozo la naturaleza, se extienden por los inmensos espacios.



La filosofía socrática, enalteciendo el criterio individual y la conciencia, debía en su primer evolución originar muchas y variadas escuelas, cuyo principal carácter debía ser la indecisión y la incertidumbre. Un pensamiento cuando nace no se comprende bien á sí mismo, escoge varias sendas y no acierta con su destino. Esto es propio de toda vida que comienza, de todo ser que nace, de todo principio que amanece en la conciencia y en el espacio.

Esta indecisión, este paso vacilante anuncia, sin embargo, que la idea, cuando logre asentarse con firmeza en su región propia, se desarrollará con fuerza y gran vigor, aunque haya sido larga, muy larga su infancia. La indecisión en los primeros pasos de la doctrina socrática se vé clara y manifiestamente en las escuelas cirenáica y cínicca, y en la misma escuela de Megara. La filosofía cirenáica, exagerando el pensamiento socrático, desprecia la física y estudia la moral. Este vuelo del espíritu hácia un mundo superior, este afán de borrar el mundo sensible, este menosprecio de la física, es la consecuencia natural del nacimiento de una idea, que destruyendo todo cuanto se le opone, ó puede dañar su reciente y tierna vida, se aísla en sí y vive de contemplarse á sí misma y se goza en su misteriosísima esencia. Los cirenáicos iban poco á poco destruyendo los obstáculos que debía encontrar la ciencia del espíritu, y al

exagerarla y divertirla de su verdadero objeto, que era la armonía, mostraban la necesidad de que grandes genios vinieran providencialmente á extender y consagrar el pensamiento de Sócrates en todos los círculos de la vida y de la ciencia. Este espíritu emancipado llegará á mayor aislamiento en la escuela cínicca; creará que se basta á sí misma, que su libertad consiste en romper todos los lazos, que su vida para nada ha menester del mundo exterior, que la ley moral es la única ley del hombre, que toda justicia debe caer ante los principios grabados en la razón, y todo código ante la conciencia, y toda sociedad ante la libre y augusta y soberana personalidad del hombre, el cual, á diferencia de todos los seres creados, no necesita para ser y existir sino de su propia sustancia, de su exclusivo pensamiento. Todas estas escuelas, que audaces quebrantaban la armonía del pensamiento socrático, no dejando salir al espíritu de sí mismo, impedían que el espíritu llegara á su fin supremo, que era deducir del estudio de sí mismo sus relaciones con la naturaleza y con Dios. Mas estas escuelas hacían progresar á la ciencia y preparaban las vías que iban á traernos el verdadero y perfecto movimiento socrático. Así los filósofos de Megara sostenían que lo infinito no podía ser lo verdadero, y en lo inmutable, en lo eterno, ponían el fundamento de la ciencia. Su lógica mostraba cuán imperfectas son las nociones



que por la sensibilidad allegamos; su metafísica iba en pos de un principio superior á todo lo cambiante y transitorio y fenomenal; su doctrina, pues, tendia á esa unidad incondicional que solo puede encontrarse en lo absoluto. ¡Escuela grande y magnífica, que á pesar de su carácter negativo, debia ser como la sibila, que anunciaba el advenimiento de otras más grandes escuelas!

La ciencia estaba ya madura para recibir en su seno á Platon; el espíritu entra gozoso en posesion de sí mismo. En la Atica, á orillas de la fuente del Iliso, que murmura mezclando el rumor de las aguas con el chirrido de la cigarra, escondida en los haces de trigo amontonados por el labrador, descubriendo á lo lejos azules montes, en cuya cima se ven templos rientes, rodeados de bosquecillos de flores; en presencia del mar Mediterráneo, silencioso y manso, que quiebra en mil suertes de luces los rayos del sol, semejando una lluvia de estrellas sobre las ondas; delante de este espectáculo maravilloso de la naturaleza, Platon celebra la union del espíritu con la naturaleza, de la naturaleza y del espíritu con Dios; nupcias sublimes cantadas en la lengua más elocuente y más hermosa que han hablado los hombres. La primer gran idea de Platon fué dividir la filosofía en dialéctica, instrumento de toda ciencia, y despues en ciencia del espíritu y ciencia de la naturaleza. Platon no puede sufrir la limitacion que

á la vida del espíritu opone el mundo exterior, necesita levantarse sobre este mundo, no oir el ruido de los séres y de los fenómenos que pasan, y absorberse en la contemplacion de la divina esencia, en que beben su luz los mundos y hallan su soplo de vida las almas. Toda su ciencia, toda su dialéctica, su filosofía, su moral, todo lleva á creer que las ideas son recuerdos de otra vida, reminiscencias de otra patria, señales evidentes de que somos rayos de la eterna luz, átomos de la divina sustancia; que las nociones generales solo tienen una realidad perfecta, una realidad ontológica en Dios, verdadero ideal de la vida, centro hácia el cual giraban los séres; bien inmutable, alma eterna que se manifiesta como á través de trasparente velo en lo sensible, en la naturaleza; que la virtud es un pálido reflejo de la virtud divina, y la hermosura material nada si no despierta el recuerdo de la hermosura ideal, y la vida un fantasma que pasa, si no se asemeja y no se acerca y no se identifica con la vida divina; que el alma debe ser en la vida actual lo que era allá, cuando vivia virtualmente en el seno y en el pensamiento de Dios, puesto que despues de haber pasado por la tierra, de haber dado movimiento á las esferas y á los planetas, ha de volver el alma, como todo cuanto hay de divino en la naturaleza, á vivir eterna y bienaventurada vida en el blando regazo del Eterno. (Generales aplausos.) Cuanto más